



ORACIÓN

Oh, Dios, que quisiste dar pastores a tu pueblo, derrama sobre tu Iglesia el espíritu de piedad y de fortaleza, que suscites dignos ministros de tu altar y los haga testigos valientes y humildes de tu Evangelio.

HIMNO

Tras el temblor opaco de las lágrimas,
no estoy yo solo.
Tras el profundo velo de mi sangre,
no estoy yo solo.

Tras la primera música del día,
no estoy yo solo.
Tras la postrera luz de las montañas,
no estoy yo solo.

Tras el estéril gozo de las horas,
no estoy yo solo.
Tras el augurio helado del espejo,
no estoy yo solo.

No estoy yo solo; me acompaña, en
vela,
la pura eternidad de cuanto amo.
Vivimos junto a Dios eternamente.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu,
por los siglos de los siglos. Amén.

Salmo 39

He proclamado tu salvación
ante la gran asamblea;
no he cerrado los labios:
Señor, tú lo sabes.

No me he guardado en el pecho tu
defensa,
he contado tu fidelidad y tu salvación,
no he negado tu misericordia y tu lealtad
ante la gran asamblea.

Tú, Señor, no me cierres tus entrañas,
que tu misericordia y tu lealtad
me guarden siempre,
porque me cercan desgracias sin
cuento.

Se me echan encima mis culpas,
y no puedo huir;
son más que los pelos de mi cabeza,
y me falta el valor.

Señor, dignate libramme;
Señor, date prisa en socorrerme.

Alégrense y gocen contigo
todos los que te buscan;
digan siempre: «Grande es el Señor»
los que desean tu salvación.

Yo soy pobre y desgraciado,
pero el Señor se cuida de mí;
tú eres mi auxilio y mi liberación:
Dios mío, no tardes.

ORACION

Señor Jesucristo, Tú que fuiste el primero que se preocupó de la formación sacerdotal de los Apóstoles, para después enviarlos a predicar (cf. Mc 3, 13), siguiendo tus huellas; te pedimos, para que las vocaciones de nuestro Seminario arraiguen, que los profesores del Seminario sean sacerdotes íntimamente unidos a Ti, de vida ejemplar, hombres de fe y llenos de amor a la Iglesia. Amén.

De la carta primera a los Corintios

Enseñamos una sabiduría divina, misteriosa, escondida, predestinada por Dios antes de los siglos para nuestra gloria. Ninguno de los príncipes de este mundo la ha conocido; pues, si la hubiesen conocido, nunca hubieran crucificado al Señor de la gloria. Sino, como está escrito: «Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el hombre puede pensar lo que Dios ha preparado para los que le aman.» Y Dios nos lo ha revelado por el Espíritu.

(2,7-10a)



**Si te sientes inquieto y
quieres saber si Dios te está llamando
a entregar tu vida
al servicio del Evangelio,
como sacerdote diocesano...
te invitamos a que,
como los primeros discípulos de Jesús,
hables con un sacerdote para
que te pueda orientar**

PRECES

Padre santo y providente: tú eres el dueño de la viña y de la mies y a cada uno das la justa recompensa por el trabajo. En tu designio de amor llamas a los hombres a colaborar contigo en la salvación del mundo. Te agradecemos por Jesucristo, tu Palabra viviente, que nos ha redimido de nuestros pecados y está entre nosotros para socorrernos en nuestra pobreza. Guía la grey a la que has prometido el Reino. Manda nuevos operarios a tu mies e infunde en los corazones de los pastores la fidelidad a tu proyecto de salvación, perseverancia en la vocación y santidad de vida.

Cristo Jesús, que en las riberas del mar de Galilea llamaste a los Apóstoles y los constituiste fundamento de la Iglesia y portadores de tu Evangelio, sostén en el hoy de la historia a tu Pueblo en camino. Infunde valor a aquellos que has llamado a seguirte en la vida del sacerdocio y de la vida consagrada, para que puedan fecundar el campo de Dios con la sabiduría de tu Palabra. Hazlos dóciles instrumentos de tu Amor en el diario servicio de los hermanos.

Espíritu de santidad, que infundes tus dones en todos los creyentes y, particularmente, en los llamados a ser ministros de Cristo, ayuda a los jóvenes a descubrir el atractivo de la divina llamada. Enséñales el verdadero camino de la oración, que se nutre con la palabra de Dios. Ayúdales a escrutar los signos de los tiempos, para ser fieles intérpretes del Evangelio y portadores de salvación.

María, Virgen de la escucha y del Verbo hecho carne en tu seno, ayúdanos a estar disponibles a la palabra del Señor, para que, acogida y meditada, crezca en nuestro corazón. Ayúdanos a vivir como tú la felicidad de los creyentes y a dedicarnos con incansable caridad a la evangelización de los que buscan a tu Hijo. Concédenos servir a cada hombre, haciéndonos agentes de la palabra escuchada, para que permaneciéndole fieles encontremos nuestra felicidad en practicarla.

¡Amén!